

DOMINIQUE LAPIERRE · LARRY COLLINS

# **OH, JERUSALÉN**



**oh,**  
**jeru,**  
**salén**

**DOMINIQUE  
LAPIERRE**  
**LARRY  
COLLINS**

Traducción de Juan Moreno

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: O Jerusalem

© Larry Collins y Pressinger, S. A., 1971

© por la traducción, Juan Moreno

© Editorial Planeta, S. A., 2009

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Ilustración de la sobrecubierta: de la edición original de Robert Laffont

Primera edición en esta colección: abril de 2004

Segunda impresión: septiembre de 2004

Tercera impresión: febrero de 2007

Cuarta impresión: marzo de 2009

Depósito Legal: B. 11.719-2009

ISBN 978-84-08-05162-6

Composición: Anglofort, S. A.

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Si alguna vez te olvidase, Jerusalén,  
que me falle la diestra;  
se me pegue la lengua al paladar  
si no te recuerdo,  
por encima de mi alegre canción.

CANTO DE LOS HIJOS EXILIADOS DE ISRAEL  
Salmo 137

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas  
y apedreas a los que te son enviados!  
¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos  
como la gallina reúne a sus  
polluelos bajo sus alas...!

JESÚS CONTEMPLANDO EL MONTE DE LOS OLIVOS  
San Mateo, 23-37

¡Oh, Jerusalén, tierra elegida de Alá y patria  
de Sus servidores! ¡A partir de tus murallas, el mundo  
se ha convertido en mundo!  
¡Oh, Jerusalén, el rocío que cae sobre ti  
cura todos los males, porque procede  
de los jardines del Paraíso!

EL «HADITH», PALABRAS DEL PROFETA MAHOMA



Aquella tarde de mayo de 1948, el lamento de las gaitas se extendió por última vez en el laberinto de viejas callejuelas. Anunciaba la salida de los soldados británicos que habían ocupado la vieja ciudad de Jerusalén. Impasibles, marchaban silenciosos en grupos de ocho o diez, y el martilleo de sus borceguíes punteaba la melodía. Encuadrando a cada grupo, dos hombres, metralleta en mano, vigilaban atentamente las fachadas y terrazas del universo hostil que atravesaban.

En las ventanas o en los umbrales de las sinagogas y escuelas religiosas de la calle de los judíos, los viejos de luengas barbas contemplaban el desfile. Durante tres mil años, sus antepasados habían visto partir a muchos otros ocupantes: asirios, babilonios, persas, romanos, cruzados, árabes y turcos. Hoy les tocaba el turno, a los militares británicos, de abandonar aquellas murallas tras un triste reinado de treinta años. Pálidos y encorvados por una existencia dedicada por completo al estudio, aquellos ancianos encarnaban la perennidad de la presencia judía en Jerusalén. Rabinos, talmudistas o doctores de la ley, parcela casi olvidada de la comunidad dispersa, habían sobrevivido de siglo en siglo. Habían santificado el día del sábado y regulado cada acto de sus pobres vidas según los preceptos sagrados. Se habían aprendido de memoria los versículos de la Torá y copiado de nuevo cuidadosamente los textos del Talmud, que se transmitían de generación en generación. Cada día acudían a postrarse ante el Muro de las Lamentaciones, implorando al dios de Abraham que hiciera regresar a su pueblo a esta tierra de la que había sido expulsado. Nunca este día pareció más próximo.

De hecho, otras miradas espiaban la columna de soldados extranjeros. Emboscados al abrigo de sacos terreros que obstruían determinadas ventanas o tras invisibles aspilleras dispuestas en las venerables fachadas, los vigías judíos esperaban, armados con metralletas y granadas rudimentarias. Dentro de poco, cuando desapareciese el último soldado, se lanzarían hacia las posiciones británicas abandonadas, una media docena de casas fortificadas que defendían el barrio judío de los ataques procedentes de los barrios árabes que lo rodeaban.

Cuando el último destacamento británico llegó al final de la calle, torció hacia la izquierda, para subir por una callejuela que conducía al imponente cercado del patriarcado armenio. Se detuvo cuando llegaron ante el arcén de piedra que coronaba la entrada del número 3 de la calle Or Chayim.

En su despacho, con las paredes repletas de libros viejos y objetos religiosos, el rabino Mordechai Weingarten, la más alta autoridad del barrio, había pasado la tarde en compañía de sus textos sagrados. Absorto en su meditación, tardó un momento antes de responder al golpe dado en la puerta. Se levantó al fin y, tras ponerse el chaleco y la levita negros, se ajustó sus gafas con montura de oro, cogió su sombrero y salió. En el patio, un oficial, con las insignias amarillas y rojas del «Suffolk Regiment», le esperaba para entregarle una gran llave. Era la llave de la puerta de Sión, una de las siete puertas de Jerusalén.

—Desde el año setenta hasta hoy —declaró el oficial—, ninguna llave de Jerusalén ha estado en manos judías. Es, pues, la primera vez en diecinueve siglos que su pueblo obtiene este privilegio.

Weingarten alargó una mano trémula. La leyenda quiso que la noche en que el emperador romano Tito destruyera el templo de los judíos, sus sacerdotes lanzaran las llaves de Jerusalén hacia el cielo gritando: «¡Que Dios sea en adelante el guardián de estas llaves!»

El oficial británico se cuadró y saludó.

—Nuestras relaciones no han sido siempre fáciles, pero separémonos como buenos amigos —añadió—. Buena suerte y adiós.

—¡Bendito seas —murmuró Weingarten—, oh, Dios, que nos concedes la vida y el pan y nos has permitido ver este día!

Después, dirigiéndose al inglés, añadió:

—En nombre de mi pueblo, acepto esta llave.

El oficial dio media vuelta y ordenó retirarse a sus hombres. El crepúsculo cubría ya de sombras la ciudad. Pronto, un nuevo ruido su-



cedió al lamento de las gaitas. Se desvanecía la alegría del rabino que apretaba entre sus dedos la llave de la puerta de Sión. Este ruido venía a recordarle cuán frágil era el derecho del pueblo judío a vivir en aquella ciudad, y cuán ilusoria podía revelarse la posesión. Una vez más, Jerusalén se iba a convertir en campo de batalla. Sus muros sólo pertenecerían a aquellos que supieran conquistarlos y guardarlos. En la creciente oscuridad, el ruido se multiplicaba. Desgarrador y siniestro, pronto pareció venir de todos los rincones de la ciudad. Era el crepitar de las balas.

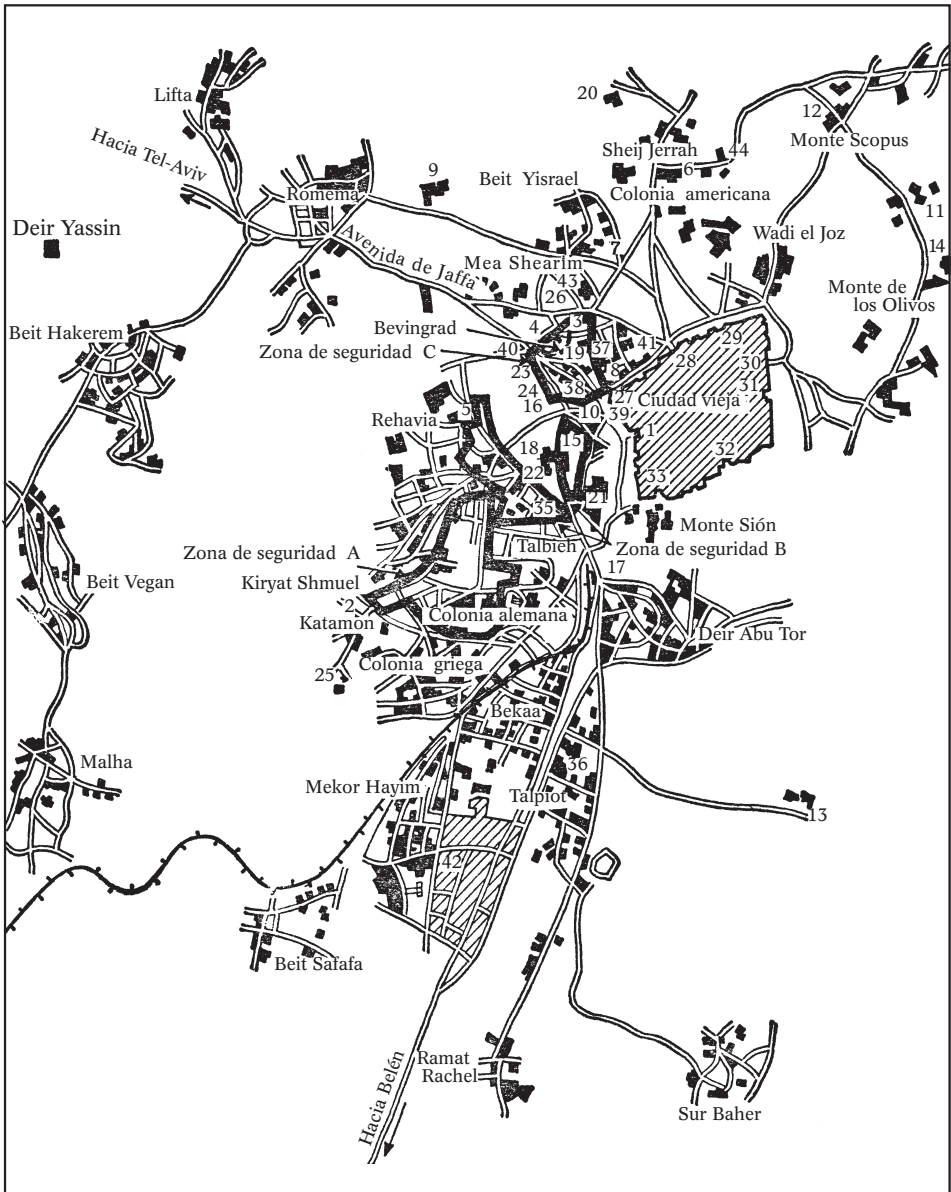
A cada silbido, la joven árabe bajaba la cabeza y apresuraba el paso. A su izquierda, Assiya Halaby distinguía las murallas de la ciudad vieja bañada por el sol de Levante. Ante ella, en lo alto de la desierta avenida, se elevaba el edificio de cinco pisos donde había pasado gran parte de su existencia. Aquella gran mole de piedra dominaba el cielo de Jerusalén, tal como sus ocupantes habían dominado la vida de la ciudad. Llevaba el nombre del rey judío que había escogido, para construir la capital, estas colinas de Judea y que, aún ayer, albergaba la sede de la autoridad británica en Palestina.

Aquella mañana, el vestíbulo del «Hotel Rey David» estaba casi vacío. Una capa de polvo amarillo cubría las butacas y canapés, y los papeles ensuciaban los corredores. Sobre la escalinata, varios armarios repletos de archivos precintados con un sello de lacre rojo esperaban ser cargados en un camión. Fuera, en la terraza, otros documentos acababan de ser quemados en cajas metálicas: viejos decretos o reglamentos cuya publicación había suscitado, poco antes, tantas esperanzas, y cuyas cenizas se dispersaban en las corrientes de aire. En un rincón del vestíbulo, algunos oficiales británicos hablaban en voz baja, con ese tono propio de los últimos invitados a una recepción, cuando descubren que ya se han ido los demás convidados.

Assiya Halaby comprendió que de todos los empleados, árabes o judíos, ella era la única que había ido, poniendo en peligro su vida, a despedirse de aquellos hombres. Habían gobernado su tierra natal durante casi un tercio de siglo. La vigilia, en su despacho del tercer piso, había prestado sus servicios en un último acto oficial para el Gobierno de Su Majestad. Había firmado el documento solicitando al Departamento de Agricultura un crédito suplementario excepcional

## JERUSALÉN Y SUS ALREDEDORES

1. La puerta Jafa, donde murió la señora Majaj.
2. «Hotel Semíramis», donde desapareció la familia Abussuan.
3. El *Palestine Post*, que no se publicaría más.
4. Matanza en la calle Ben Yehudá.
5. «Agencia Judía», donde anunció Ben Gurion: «Al fin, somos un pueblo libre.»
6. La trágica emboscada al convoy del hospital de la Hadassah.
7. Aquí detuvo Josef Nevo a los autocañones de la Legión Árabe.
8. «Notre-Dame de France», la fortaleza que cambió diez veces de manos.
9. «Orfelinato Schneller», primera base de la «Haganah» en Jerusalén.
10. Centro Comercial, escenario de la primera escaramuza.
11. Universidad hebrea.
12. Hospital de la Hadassah.
13. Residencia del Alto Comisario británico.
14. «Instituto Augusta Victoria».
15. «Hotel Rey David».
16. Calle Mamillah.
17. Estación.
18. Y.M.C.A.
19. Recinto ruso.
20. Escuela de Policía.
21. Consulado de Francia.
22. Avenida del Rey Jorge V.
23. Avenida de la Princesa Mary.
24. Central de Correos.
25. Monasterio de San Simeón.
26. Calle de los Profetas.
27. Puerta Nueva.
28. Puerta de Damasco.
29. Puerta de Herodes.
30. Puerta de San Esteban.
31. Puerta Dorada.
32. Puerta de Dung.
33. Puerta de Sión.
34. Central eléctrica.
35. Edificio David.
36. Cuarteles Allenby.
37. Musrara.
38. «Banco Barclay's».
39. Convento de las Hermanas Reparadoras.
40. Plaza de Sión.
41. Avenida de Solimán.
42. Cuartel El-Alamein.
43. Hospital italiano.
44. Casa de Katy Antonius.



de seiscientas cincuenta libras palestinas para la contratación de dos nuevos guardas con destino al bosque de Jenin. La seguridad de que ningún árbol de aquel bosque conocería jamás su protección, no había impedido el meticuloso deslizamiento de su pluma de funcionaria. Assiya Halaby era un genuino producto de aquella administración cuyas cajas de archivo llevaban ahora el trabajo ordenado.

Procedente de una familia árabe cristiana de la burguesía media, debía mucho a aquella administración. En primer lugar, su emancipación, simbolizada en un breve formalismo en la oficina de matriculación de vehículos de Jerusalén, una mañana de 1939. Aquel día, Assiya Halaby se convirtió en la primera mujer árabe dueña y conductora de un automóvil. Como la mayoría de los árabes de Palestina, Assiya no había creído ciertamente en la marcha de los ingleses. Sobre todo, le parecía imposible que aquellos hombres, que le habían inculcado su satisfacción por las cosas bien hechas, pudieran irse «dejando semejante vacío tras ellos». Y, sin embargo, tras un rápido apretón de manos, subían uno tras otro al autocar. Impacientes ya por abandonar aquellos lugares, ninguno de ellos se preocupó de desearle un feliz regreso a casa. El convoy se dirigió a la puerta de Damasco, para enfilarse la carretera del puerto de Haifa, punto de partida de los viajeros para regresar a su país. Sola en la acera, Assiya agitaba el brazo en un último adiós. Ahora, el «Hotel Rey David» permanecería desierto. En aquel edificio que había sido la ciudadela de su poder civil en Palestina, sólo quedaban de la Gran Bretaña algunos pedazos de papel arremolinados en el vestíbulo abandonado.

A su regreso, Assiya encontró un mensaje de su hermano presionándole a regresar al barrio árabe, tras las fortificaciones protectoras de la ciudad vieja. Reunió algunas cosas, su máquina de escribir, su almohada de niña y su oso de peluche. Después eligió un libro de la estantería de su biblioteca.

Tanto para Assiya Halaby como para innumerables habitantes de Jerusalén comenzaba una nueva existencia. Al recorrer la corta distancia que separaba su casa natal de las murallas de la ciudad vieja, tomaba en realidad el camino del exilio. Pronto, su ciudad sería dividida en dos. Y durante los diecinueve años que iba a durar esta separación, la joven tendría tiempo de meditar sobre el mensaje del libro que había cogido. Se titulaba *El despertar árabe*.

Rígido y solemne en su uniforme, recién planchado, de general de la Artillería Real, el escocés de blanco bigote apareció en el balcón de honor de su residencia y contempló el panorama que se extendía bajo sus pies. Sensible a la belleza del lugar, pero ignorante de la Biblia, un oscuro funcionario había edificado la residencia oficial del Alto Comisario británico en aquella colina, llamada del Mal Consejo. Sir Alan Gordon Cunningham dejó vagar la vista por última vez sobre el espectáculo de la ciudad vieja con su corona de fortificaciones, y después descendió para presidir una breve ceremonia. Porque hasta para un militar, los acontecimientos más dolorosos tenían derecho a la sanción de una rigurosa liturgia. Aquella mañana, Sir Alan enterró en Palestina el reino de Gran Bretaña. Sin embargo, pocas responsabilidades habían sido más codiciadas por su país como el mandato que había recibido de la Sociedad de Naciones en 1922, mediante el cual su autoridad remplazaba, en Palestina, a la de la Turquía vencida por los cañones aliados de la Gran Guerra. Palestina era necesaria a Inglaterra para desarrollar su política en Oriente Medio tras el primer conflicto mundial. Debía servirle de puente de unión entre las fabulosas reservas de petróleo de Irak y el Canal de Suez, arteria vital que había llegado a ser tan británica como el Támesis.

Para realizar esta ambición, Gran Bretaña se empeñó solemnemente en borrar cinco siglos de oscurantismo turco con un modelo de dominación cristiana ilustrada y en abrir las puertas de su vieja patria a los judíos dispersos. Había enviado a Jerusalén a la élite de su administración colonial. Pero como los problemas se revelaron totalmente insuperables, Gran Bretaña, consciente de su fracaso, acabó por renunciar a su mandato. Sir Alan Cunningham, último representante de una lista de grandes comisarios animados por las más elevadas intenciones, sabía mejor que nadie que su país dejaba tras él el caos y la perspectiva de una guerra. Mientras contemplaba la ciudad extendida a sus pies, le turbó un pensamiento inquietante: allá, bajo su terraza, ciento sesenta mil habitantes esperaban su marcha para matarse entre sí.

Algunos oficiales, funcionarios y periodistas —una veintena de personas en total— se habían reunido en la explanada. Cunningham

comprobó con tristeza que ningún representante de las comunidades árabe y judía había venido a despedirle. Tras haber estrechado varias manos, se situó ante la fachada de la residencia. Cinco soldados de faldones escoceses verdes, con galones amarillos, del regimiento «Highland Light Infantry», se mantenían firmes en el balcón. Eran las siete de la mañana. Sonó un clarín, y sus notas flotaron un momento en el aire transparente. Después, lenta y majestuosamente, las gaitas acompañaron con su lamento la arriada de la Union Jack en el cielo azul. Sir Alan se sintió lleno de desaliento. «¡Tantos esfuerzos –pensaba–, tantas vidas, para un resultado tan irrisorio! ¿Qué queda de estos treinta años?»

La limusina negra que le conduciría al aeropuerto se detuvo ante él. La aparición del vehículo le contrarió. Era un «Daimler» blindado de cuatro toneladas, especialmente diseñado para los desplazamientos del rey Jorge VI durante los bombardeos de Londres. El escocés siempre se había negado a utilizarlo. Pero aquella mañana efectuaría en él su último viaje a través de Jerusalén.

Antes de acomodarse, quiso ver de nuevo un paraje que le era querido. Le había gustado ir a meditar en las alamedas de aquel jardín. Allí, a menudo, había decidido, a solas con la conciencia, sobre la vida o la muerte de un judío condenado, o procurado el olvido de la atroz visión de sus soldados destrozados por las bombas terroristas. Conocía cada rosal, cada ramo de espliego, cada pino de Alepo, cuidadosamente podado. «Y ahora –pensó–, ¿quién se ocupará de ellos?» Era el 14 de mayo de 1948. Aquel día vio a los ingleses abandonar Palestina, a los judíos proclamar el Estado de Israel y a los árabes en pie de guerra.

Un conflicto iba a abrasar la Tierra Santa para no apagarse ya. Este libro relata su génesis.

Primera parte

**Un reparto en tierra santa**  
*29 de noviembre de 1947*





Un voto del parlamento de los hombres fue lo que hizo inevitable el conflicto. El 29 de noviembre de 1947, un frío sábado, seis meses antes de que cayeran los primeros obuses de la guerra sobre los tejados de Jerusalén, los representantes de cincuenta y seis países miembros de la nueva Organización de las Naciones Unidas estaban reunidos en Flushing Meadows, en las afueras de Nueva York. Allá, bajo la cúpula de un antiguo patinadero, debían fijar la suerte de una faja de tierra situada en la margen oriental del Mediterráneo, dos veces menos extensa que Dinamarca y cinco veces menos poblada que Bélgica, centro del universo para los cartógrafos de la Antigüedad y destino, en el alba del mundo, de todos los caminos del hombre: Palestina.

En la breve historia de las Naciones Unidas, raramente un debate había desencadenado tantas pasiones. Cada uno de los países representados debía a aquel territorio, de alguna manera, una parte de su herencia espiritual. Se propuso a la Asamblea internacional dividir Palestina en dos Estados distintos: árabe y judío. De esta forma, la sabiduría colectiva debería poner fin a treinta años de guerra civil. Pero, trazado con el lápiz de la desesperación, el mapa de aquella repartición era una mezcla de compromisos soportables y de monstruosidades inaceptables: el cincuenta y siete por ciento de Palestina era atribuido a los judíos, mientras que la mayor parte del territorio del futuro Estado judío y casi la mitad de su población eran árabes. En cuanto a las fronteras de aquel territorio judío, sinuosas y torturadas, eran verdaderos desafíos tanto al buen sentido como a las necesidades de su defensa: más de novecientos cincuenta kilómetros para un país que, de Norte a Sur, solamente tenía cuatrocientos treinta. Por

otra parte, el Plan retiraba a los judíos y a los árabes el control de Jerusalén, alta cima alrededor de la cual gravitaba desde la Antigüedad toda la vida política, económica y religiosa de Palestina. Situada bajo la tutela de la ONU en virtud de su vocación de Lugar Santo y de los intereses materiales que innumerables naciones poseían en ella, Jerusalén se convertiría en territorio internacional, donde no tenían derecho a instalar su capital ni árabes ni judíos.

Para el pueblo judío, la perspectiva de recobrar un Estado sin poderle dar por metrópoli la ciudad de David, equivalía a una resurrección «de su carne, pero no de su alma». Durante dos mil años, la oración «Si alguna vez te olvidase, Jerusalén, que me falle la diestra», se había convertido en el eco de la fidelidad en la dispersión. Hombres que no tenían la menor posibilidad, y ni siquiera la intención, de contemplar un día con sus ojos las colinas de Judea, por lo menos habían hecho solemnemente el voto, cada año, al celebrar la Pascua, de reunirse «el año que viene en Jerusalén». Y de igual forma que los minaretes de las mezquitas miran hacia La Meca, la fachada noble de las sinagogas del mundo entero mira siempre en su dirección. En todos los hogares religiosos se dejaba siempre una piedra sin pintar, en recuerdo de la Ciudad Santa. Al término de cada matrimonio judío, el esposo aplastaba un vaso con el pie derecho, en señal de dolor por la destrucción del Templo, y se recitaba una plegaria para que su unión inunde de alegría y danzas las calles de Jerusalén. También evocaba a la ciudad la expresión ritual de consuelo: «Que el Todopoderoso os reconforte como a los entristecidos de Sión y Jerusalén.» La misma palabra sionismo, que traducía en todas las lenguas la voluntad de reunir a los judíos en su vieja patria, viene del nombre de esta colina de Sión que se elevaba en el corazón de Jerusalén. En hebreo, Sión significa el Elegido y, tras veinticinco siglos, designa a Jerusalén, esperanza del pueblo israelita.

Su religión y su historia se confunden con esta tierra prometida al pueblo elegido para esperar en ella la llegada del Mesías. A estos lazos espirituales se añadían importantes intereses políticos y estratégicos. Dos de cada tres habitantes de Jerusalén eran judíos, y su número representaba casi un sexto de la población judía de toda Palestina. Por su situación geográfica, la ciudad constituía, además, un admirable bastión en el centro del país, sin el cual el futuro Estado judío sólo sería una faja de tierra empujada hacia el mar.

Pero numerosos países cristianos de América del Sur, al anunciar que la internacionalización de la Ciudad Santa era el precio de su apoyo a la repartición, obligaron, finalmente, a los judíos a aceptar esta mutilación. Renunciar a Jerusalén suponía un doloroso sacrificio para ellos, pero al menos les permitía realizar un sueño dos veces milenario y resolver de inmediato los problemas más urgentes. Los judíos, sobre todo los de las comunidades religiosas, que formaban una masa compacta y que habían mantenido sus tradiciones, habían mostrado una constancia y un tesón únicos en los anales de la Humanidad. Mientras que la Historia parecía confirmar la eternidad de su exilio, habían perpetuado el recuerdo y el culto del reino bíblico del que sus padres habían sido expulsados en el año 70. En sus oraciones y en sus oficios, en cada momento notable de su vida, se acordaban de sus vínculos con la Tierra Prometida, *Eretz Israel*, y del carácter pasajero de su alejamiento. En las ciudades fortificadas de la Europa medieval; en los fríos guetos de Polonia y Rusia; en los tugurios nacidos de la revolución industrial, las comunidades habían celebrado, en los días festivos, durante el transcurso de los siglos, las cosechas de trigo y cebada de la tierra que antaño había sido suya. Banqueros, funcionarios, comerciantes, artesanos, abogados, estudiantes y economistas, todo un pueblo había rezado así fielmente, cada año, para que el sol y la lluvia fructificasen las cosechas de un país que sólo existía en su imaginación.

Durante treinta años, casi día a día, antes de la histórica reunión de las Naciones Unidas, Gran Bretaña había ofrecido a los judíos la primera ocasión verdadera de realizar el sueño de tan gran número de ellos: un hogar en Palestina. Y todo por una simple carta, de ciento diecisiete palabras, que Lord Arthur James Balfour, ministro de Asuntos Exteriores, dirigió, el 2 de noviembre de 1917, a Lord Walter Rothschild, jefe de la rama inglesa de la gran familia de banqueros: «El Gobierno de Su Majestad –decía– ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío... quedando claramente entendido que no se hará nada que atente contra los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías que existen en Palestina...» Oficialmente confirmada en la Carta del Mandato confiada cinco años más tarde a Inglaterra por la Sociedad de Naciones, esta declaración había provocado ya *in situ* una inmediata degradación de las relaciones entre judíos y árabes.



**PLAN DE REPARTO DE PALESTINA EN UN ESTADO ÁRABE Y OTRO JUDÍO**  
 Votación de la ONU el 29 de noviembre de 1947

En aquel otoño de 1947, los derechos históricos invocados y la promesa de Lord Balfour tenían, en realidad, menos peso que las necesidades del momento. El mundo acababa de descubrir, con horror, que seis millones de judíos habían sido exterminados en las cámaras de gas de la Alemania nazi. Millares de niños que ningún país quería erraban por los caminos. El drama del *Exodus*, el barco en el que cuatro mil quinientos cincuenta y cuatro supervivientes de los campos nazis habían encontrado nuevos carceleros, acababa de subrayar hasta qué punto era urgente asegurar un abrigo a los parias de toda Europa.

Concediéndoles algunos millares de kilómetros cuadrados de tierra prácticamente estéril, un mundo no muy sobrado de caridad se sacudió la carga. Pero los rescatados del holocausto sabían que, para evitar el retorno a la trágica realidad, la única garantía era la fundación de un Estado de potentes estructuras. Los judíos debían instalarse en una tierra donde no fueran minoría y donde pudieran convertirse en ciudadanos como los demás hombres. Y convertirse en hombre como los demás era tener un Estado como los demás. Derechos históricos, derechos espirituales y derechos humanos se confundían a sus ojos para hacer de este reconocimiento la legítima compensación a las injusticias de la Historia.

Pequeños y grandes Estados, Este y Oeste, judíos y antisemitas podían suscribir de buen grado esta compensación. Pero muchos Estados, nuevos en la comunidad internacional, tenían buenas razones para mostrarse insensibles a las injusticias que la motivaban. En primer lugar, los países árabes, y, en particular, los de Palestina.

Eran un millón doscientos mil los que consideraban que una partición de aquel territorio en el que eran mayoría desde hacía siete siglos, representaría un monstruoso acto de iniquidad, perpetrado por el imperialismo occidental, para reparar un crimen que ellos, los árabes, no habían cometido. Hasta entonces, los judíos habían vivido en paz al lado de los árabes. Incluso su exilio había conocido su única Edad de Oro en la España de los Califas. Desde siempre, el Imperio Otomano les había abierto sus puertas, mientras que la mayoría de los países de Europa les cerraban las suyas. Y a la larga sucesión de las persecuciones antisemitas, que encontraría su atroz apogeo en los hornos crematorios hitlerianos, había sido llevada a cabo por las naciones cristianas de Europa, y no por el Islam. Sobre aquellas naciones, pues —protestaban los árabes—, debía recaer el peso de sus crímenes, y no

sobre ellos. Por otra parte, setecientos años de ininterumpida ocupación les parecían un derecho infinitamente más justificado para reivindicar su tierra, que los lejanos lazos históricos de los judíos.

La promesa del ministro Balfour no era, pues, a sus ojos, más que un puro acto de imperialismo. Gran Bretaña tomaba una hipoteca sobre el futuro del territorio, sin poseer ningún título; una decisión arbitraria fue impuesta a los árabes, que representaban entonces el noventa y dos por ciento de la población local. De esta forma, el conflicto palestino les pareció como una prolongación de la época que permitió a las potencias coloniales europeas disponer a su antojo del destino de los pueblos afroasiáticos. Ferozmente hostiles a cualquier repartición, proponían una solución inaceptable, esta vez, por los judíos: la creación de un solo Estado, árabe, donde los judíos gozarían de los mismos derechos que los árabes, pero serían minoría.

Para Gran Bretaña, el debate de Flushing Meadows puso un final sin gloria a una situación que se convertía en pesadilla. Dos años después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, Palestina era el único lugar donde los soldados británicos morían aún al servicio de su rey. Arrastrada a la aventura palestina sólo por sus ambiciones políticas y económicas, Inglaterra había caído en la trampa de sus empeños contradictorios. Para salvaguardar sus lazos de amistad con los árabes, persistió en prohibir a los rescatados del genocidio hitleriano la entrada en el hogar nacional que les había prometido en 1917, provocando así un grave conflicto con la comunidad judía palestina. Para asegurar algo parecido a un orden público en Palestina necesitó, por lo menos, cien mil soldados, o sea, uno por cada seis judíos. Al no poder establecer por sí misma las condiciones de una paz justa y duradera, Inglaterra se descargó, finalmente, de sus responsabilidades a costa de la Organización de las Naciones Unidas.

Las reacciones de esta nueva Asamblea eran aún imprevisibles. Recién llegados a la diplomacia mundial, numerosos Estados que no tenían relación ni interés alguno con el conflicto, tenían voz y voto, igual que las naciones implicadas. En este principio de guerra fría, cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban de acuerdo por última vez, ¿cuál sería el voto de la India y del Pakistán, que acabarían, algunos meses después, por sellar su repartición con un baño de sangre? También se hallaba todo indeciso en los países de América Latina y de Extremo Oriente, que buscaban la ocasión de afirmar

su independencia contra la hegemonía de Estados Unidos; lo mismo ocurría incluso en Francia, cuyas tradiciones oscilaban entre sus intereses árabes y su amistad con los judíos.

Los Estados Unidos se mostraban los más activos en promover la repartición. Sensibles a las presiones electorales de la comunidad judía más importante e influyente del mundo, numerosos políticos americanos desarrollaban una ferviente campaña en pro de una emigración sin restricción a Palestina y la creación de un Estado judío. Sin embargo, estos nobles esfuerzos apenas escondían la hipócrita actitud americana. A la misma hora en que era públicamente estigmatizada la lastimosa condición de centenares de millares de personas «desplazadas», el Congreso americano rechazaba discutir el aumento de las cuotas de inmigración para los refugiados de Europa. Aun proclamando la urgencia de admitir en Palestina a doscientos cincuenta mil inmigrantes judíos para una población de un millón doscientos mil árabes, aquellos legisladores no habían dejado que cuatro mil setecientos sesenta y siete supervivientes de las cámaras de gas franquearan las puertas de la tierra prometida americana durante los ocho primeros meses de 1946, o sea, apenas algo más de lo que contaba el cargamento clandestino del *Exodus*.

Sin embargo, la Casa Blanca había ejercido todas las formas de presión posibles sobre los países opuestos a la repartición o, simplemente, indecisos. El presidente Truman había advertido a su representante en las Naciones Unidas, el embajador Hershel Johnson, que pusiera «gran interés en conseguir que la repartición fuese votada, si no quería soportar personalmente las consecuencias de un fracaso». De igual forma, el financiero Bernard Baruch, consejero del Presidente, se había visto obligado a amenazar a Alexandre Parodi, delegado de Francia en la ONU, con una posible interrupción de la ayuda americana en caso de oposición de su país.

A despecho de todos estos esfuerzos y de la ofensiva mundial que habían desarrollado por su parte, los responsables judíos se encontraron enfrentados a una sombría realidad el miércoles 26 de noviembre, a menos de seis horas del escrutinio. Como cada mañana, los jefes de la «Agencia Judía», el Gobierno oficioso de la comunidad judía de Palestina, se reunieron en el número 16 de la East 66th Street, su cuartel general neoyorquino, junto al célebre *nightclub* «Copacabana». Cumpliendo un rito cotidiano, procedieron a hacer un nuevo

llamamiento a las naciones representadas y calcularon su probable elección de acuerdo con las últimas informaciones. Cada vez resultaba la misma puntuación angustiosa. Al requerirse una mayoría de dos tercios, era tal el número de partidarios necesarios, que cada voto se convertía en una puesta capital. Hacían falta ya veintidós votos para superar el obstáculo de sólo las naciones musulmanas, y por cada otro voto hostil debían ser obtenidos dos nuevos «sí». Esta última puntuación hizo aparecer una evidencia trágica: si el escrutinio se efectuaba, como estaba previsto, por la tarde, quedaría definitivamente comprometida la creación de un Estado judío.

Ante este peligro, Moshe Sharett, ministro de Asuntos Exteriores de la «Agencia Judía», y sus compañeros, decidieron intentar una maniobra de última hora. Después de dos mil años de espera, la realización del sueño del pueblo judío dependía, posiblemente, de un aplazamiento de varias horas. Para arrancar los últimos votos indispensables era preciso retrasar el escrutinio a cualquier precio. Una vieja táctica parlamentaria les permitiría conseguirlo. Los estrategas judíos corrieron a Flushing Meadows, reunieron a todos los delegados favorables a su causa y les rogaron que ocuparan la tribuna de oradores hasta la noche. Cuando los representantes árabes se dieron cuenta de la maniobra de obstrucción, era demasiado tarde. Sus vehementes protestas quedaron sin efecto. Ante aquel súbito maratón oratorio, el presidente de la Asamblea, el brasileño Oswaldo Aranha, sincero partidario del reparto, tuvo que proclamar el aplazamiento del escrutinio para la próxima sesión. Mas, por un providencial concurso del calendario, los sionistas ganaron, de hecho, más de cuarenta y ocho horas, ya que el próximo día era de descanso, pues se trataba del *Thanksgiving Day*, la gran fiesta de acción de gracias norteamericana.

Durante este descanso vital, cuatro naciones opuestas al reparto —Grecia, Haití, Liberia y Filipinas— iban a ser sometidas a un increíble aluvión de presiones y aun de amenazas.

Estados Unidos, considerando que debía ser modificada la posición al menos de dos de estos países, aportó a los sionistas todo el concurso de su poder. El parlamentario neoyorquino Emmanuel Celler reclamó, en un telegrama abierto al presidente de Estados Unidos, que «países recalcitrantes como Grecia fuesen llevados a la razón». Por su parte, los jueces del Tribunal Supremo cablegrafiaron al presidente de Filipinas que su país «corría el riesgo de perder millo-



nes de amigos y partidarios americanos si mantenían su decisión de votar contra el reparto». La intervención colectiva de veintiséis miembros del Congreso; el SOS telefónico de una muy alta personalidad americana con la que la «Agencia Judía» había establecido contacto, en plena noche, en Londres, así como las súplicas de su embajador en Washington convencería, al final, al presidente de Filipinas, para que ordenara a su delegación en las Naciones Unidas que cambiase su voto, en consideración «al más alto interés nacional». Mientras que gentes sionistas acorralaban en Harlem al representante de Haití, uno de los más grandes industriales americanos, el fabricante de neumáticos Harvey Firestone, era amenazado, por su parte, con el boicot de sus producciones si no lograba convencer al presidente de la República africana de Liberia para que reconsiderase su actitud y votara por el reparto. Liberia era un poco propiedad de Firestone. Poseía cuatrocientas mil hectáreas de plantaciones de *Hevea* y se aprestaba a realizar nuevas y considerables inversiones.

El resultado del escrutinio permanecía, pues, incierto aquel sábado, 29 de noviembre de 1947, cuando los delegados comenzaron a subir por las escaleras del antiguo patinadero. Mucho tiempo antes de la llegada de la primera limusina, una multitud de simpatizantes sionistas, enarbolando pancartas, estaba reunida en las cercanías del edificio, y los policías municipales neoyorquinos hubieron de tomar posiciones en el enclave internacional para ayudar al servicio del orden interior. Bajo el aluvión de llamadas, saltaron los fusibles de la centralita telefónica, aislando durante treinta y cinco minutos el cuartel general de las Naciones Unidas del resto del mundo. Siniestros rumores circulaban por los pasillos. Uno de ellos afirmaba que el delegado de Tailandia acababa de ser asesinado.

En medio de aquella multitud, los delegados y observadores acabaron de situarse en sus lugares. Solemne y majestuoso en su túnica negra y dorada, Faisal Ibn'Abd Al-Aziz, emir de la Arabia Saudí, entró encabezando el cortejo de las delegaciones árabes. El antiguo patinadero se llenó rápidamente, y varios miembros de la «Agencia Judía» hubieron de buscar refugio en una tribuna reservada a la Prensa.

La voz del presidente Aranha se dejó oír para abrir la sesión, y se calló el murmullo. Desde lo alto de la galería, Moshe Sharett, el judío

responsable del aplazamiento del escrutinio, observó con inquietud a aquella asamblea silenciosa. Para no imaginar las consecuencias de una derrota, ocupó su mente en un último cálculo. Un insoportable *suspense* cerniéndose, cuando faltaban sólo algunos minutos para el veredicto, sobre la creación de un Estado judío.

No lejos del jefe sionista, el representante de los árabes de Palestina, Yamal Husseini, primo del Gran Mufti de Jerusalén, aguardaba con serenidad. Hacía poco, en los pasillos, había repetido la amenaza que había proferido incansablemente las últimas semanas: si la ONU votaba el reparto, los árabes de Palestina, apoyados por todos los Estados árabes, harían la guerra a los judíos tan pronto como se marcharan los ingleses.

Llegó el instante crucial. Invitados a pronunciarse públicamente desde su asiento, los delegados esperaron en silencio que el Presidente sacara, por sorteo, al país que sería llamado a votar el primero. Cuando fue anunciado el nombre de Guatemala, hubo un instante de agitación. Luego, de nuevo, el silencio. Delegados, espectadores y periódicos, todos parecían conceder a aquel voto la misma consideración. El representante de Guatemala se levantó. Antes de que tomara la palabra, una voz penetrante partió de la galería del público, lanzando en hebreo un grito casi tan viejo como el tiempo y el sufrimiento de los hombres:

—*Anna Hashem Hoshia-na!* (¡Oh, Dios, sálvanos!)